

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“VIVENCIAS DEL ALMA”

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-00-7
Depósito legal: M 26358-1987

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

¡QUÉ TRISTE VEO A MI IGLESIA...!

¡Qué compuesta está mi Iglesia!,
¡qué hermosa!, ¡qué engalanada!;
¡toda envuelta en sus perfumes
y con joyas adornada!

Toda de fiesta te veo,
como Esposa en ricas galas,
poseyendo al mismo Dios
y siendo en Él fecundada.

Mas, con un velo de luto,
tus joyas quedan tapadas,
tu hermosura se oscurece
y apareces desgarrada.

Y es que tus hijos –los míos–
han desgajado tu alma,
al marcharse de tu seno
tras compañeros que engañan.

¡Qué triste veo a mi Iglesia,
con su faz desencajada,
y, con un velo de luto,
cubriendo sus ricas galas...!

¡Qué gloriosa está mi Iglesia
en el seno del que ama...!

18-10-1967

IGLESIA ¡CÓMO LLORABAS...!

Aquel día que te vi,
Iglesia, ¡cómo llorabas!
con las cavernas abiertas
que tu alma traspasaban.

A pesar de ser hermosa
y con joyas repletada,
los pecados de tus hijos
tu rostro desfiguraban.

Pecados que son las manchas
que tu hermosura profanan,
por no saber el misterio
en que, envuelta, te remansas.

Te he visto rompiendo en llanto
morena y desencajada,
tirada en tierra y llorosa,
jadeante y encorvada.

¡Oh, cuánto sufrí aquel día
al verte abofeteada...!

¡Si yo te volviera a ver...!
¿Cómo no te consolara,
arrancándote tu pena,
y Dios, al verte, gozara?

19-10-1967

¡QUÉ HERIDA ESTÁ MI IGLESIA...!

Mi Iglesia está sufriendo sin quejarse,
mi Iglesia está de luto en su secreto,
mi Iglesia está sangrando en sus gemidos,
y con un manto negro va cubriendo
las cavernas que hijos de su entraña
por inconsciencia u orgullo,
en su seno, están abriendo.

El Vicario de Cristo está penando,
y mi espíritu, con él, está muriendo.

Mi Iglesia con el Papa está sangrando
en un terrible, aterrador silencio.
¡Qué triste está mi alma con mi Iglesia!
con ella estoy sumida en su silencio.

¡Qué herida está mi Iglesia...!,
¡qué herido está mi pecho...!
Mi Iglesia está penando
y, con ella y con el Papa,
¡mi espíritu, muriendo!

1-8-1968

NUEVA JERUSALÉN...

¡Oh nueva Jerusalén!,
si siempre te contemplara
como el día en que te vi
como una reina enjoyada...

Si siempre te viera hermosa,
triunfante y engalanada,
como esposa del Dios vivo
y por todos aclamada...

¡Oh nueva Jerusalén!,
mi alma está desgarrada
al verte triste y llorosa,
jadeante y encorvada.

Te vi vestida de luto,
en tu entraña traspasada
por la ida de tus hijos
que hacia otras tierras marcharan;

te vi encubriendo tus joyas,
morena y desconsolada,
¡pero yo nunca te vi
tan triste y tan ultrajada!

Hoy no sé cómo expresar
esto que siente mi alma.

Es un martirio tan hondo
el verte abofeteada,
por tus hijos escupida,
zaherida y maltratada

en tu caminar penoso
en esta tierra manchada,
que, si no te conociera,
te creyera abandonada.

¡Pero no!, Dios está en celo
por la gloria de su Amada;
su amor se siente enojado,
su mirada está irritada.

¡Oh qué terror!, si Dios llora
cuando ve a mi Iglesia amada...
Y si Dios llora al mirarla,
¿cómo mi ser no llorara?

¡También, mi alma está en celo,
también se siente ultrajada,
también anda temblorosa
y se ve abofeteada!

También... ¡porque soy Iglesia!
Tan sólo Iglesia es mi alma,
y su misión es la mía,
su tragedia está en mi entraña,

y la gloria de su nombre
es la gloria que me abrasa,
porque no tengo más gozo
que verla glorificada.

¡Oh, qué triste está mi Iglesia!
¡Oh, si yo la consolara
y la viera nuevamente
como una reina enjorrocada...!

¡Oh, qué herida está mi Iglesia!
¡Ay, qué triste está mi alma!
Pero... si Dios mismo llora,
¿cómo yo la consolara...?

28-4-1969

AUNQUE TE HAYA VISTO TRISTE

Aunque te haya visto triste,
morena y desencajada,
ocultándote en tu luto
y en tierra abofeteada;
tras tu tristeza y tu angustia,
tras tu entraña desgarrada,
apercibo en tus pupilas,
en tu profunda mirada,
una luz tan infinita
que me deja subyugada.

Es la mirada del Verbo
que, en centelleantes llamas,
revienta por tus pupilas
en silenciosa Palabra;
expresando en un concierto
de melodías sagradas,
las perfecciones eternas
del que en tu seno remansa.

Aunque a veces mi oración
te vea tan ultrajada,
siempre trasunto en tu vida
la riqueza que te embarga,
las Aguas en que te anegas,
al mirarte en tu mirada.

Iglesia, ¡cómo te veo...!:
toda en tu ser impregnada,
envuelta en Sabiduría,
en Caridad repletada,
cuando te miro en tu hondura,
aunque me ocultes tu cara.

Y aunque te quieras mostrar
a mi ser tan ultrajada,
tú sabes que te conozco;
y que, por muy humillada
que ante mí tú te presentes,
veo en tu pena callada
al Esposo que, en tu seno,
descansado, se remansa.

Pues aunque sé que estás triste
y en tus miembros desterrada,
también sé que eres gloriosa
en la Fiesta del que amas.

Iglesia, ¡qué hermosa eres...!
en tu gloria repletada,
rodeada de los hijos
que, llegando en la mañana
al día eterno de Dios,
en su festín te regalan.
Y «allí», sin velo de luto,
sin tu faz desencajada,
sin tu mirar entre llanto,
con tus sienes coronadas,
te veo fluyendo en Luz
de rompientes cataratas,
abrasada y reposando
en el Pecho del que amas.

Son tus mejillas luceros
por donde el Sol se derrama,
como volcán encendido
en refrigerantes llamas.

Te veo llena de hijos,
como virgen desposada,
palpitante y rebosando,
cual Esposa coronada,
en manantial infinito
de la dicha que en ti mana.

Iglesia, ¡eres la misma...!
aunque te vea tirada,
aunque me pidas ayuda...

Y aunque me ocultes tu cara,
envolviéndote en tu manto
cual mujer abandonada,
yo sé mirar en tu angustia
la hermosura que te embarga,
la belleza del Dios vivo
que, tras tus noches, me habla.

Por eso, cuando te miro
en esta tierra manchada,
y te quieren destronar,
aunque nunca lo logran,
mi alma revienta en llanto
por tu dolor anegada,
ante el amor que te tengo
y la unión que a ti me abraza,
en medio de la tiniebla
de densas noches cerradas
y repletas de dolor
en que te mira mi alma...

Iglesia, ¡ponte de pié!
¡y descúbrete tu cara!
¡Tira tu velo de luto!,
¡preséntate repletada!,
¡y aplasta con tu poder,
con la luz de tu mirada,
la soberbia que te escupe
en tus mejillas sagradas...!

¡Levántate, Iglesia!, ¡pronto!,
¡que la confusión avanza
y se asustan los pequeños
con la doctrina que engaña!

¡Descúbrete pronto, Iglesia!,
¡y con tu fuerza arrebata
los corazones sencillos;
al mismo tiempo que aplastas
la soberbia de los grandes
con tu sapiental Palabra...!

¡Levanta, Iglesia, no tardes!,
¡hoy te lo implora mi alma!
Que si tú quieres ayuda,
todo mi ser está en guardia
para esperar que Dios hable
diciéndome su Palabra.

Yo iré donde Él me mande,
yo correré sin tardanza,
¡pero no te quiero ver
con tu faz desencajada,
tirada en tierra y llorosa,
jadeante y encorvada...!

¡Tira tu velo de luto!,
¡anda, Iglesia, Madre amada!,
y muéstrame nuevamente
la belleza que te embarga,
la riqueza del Dios vivo
que tras tus noches me habla...

¡Anda, Iglesia, no te tardes,
que mi alma está encelada,
y si le pides ayuda,
con su milicia está en guardia!

13-1-1970

LA IGLESIA LLORÓ EN MI ALMA

La Iglesia volcó sus penas
en mi alma dolorida,
y me envolvió con su manto
aumentando mi agonía.

Me dijo sus amarguras,
las que en su pecho tenía,
cubriéndome con la nube
que sobre ella se cernía.

La Iglesia se dijo en Eco,
dejándome sumergida
en la asfixiante congoja
de su pecho reprimida;

y me dijo los porqués
de cuanto la ensombrecía,
con la confusión penante
que por doquier la envolvía.

La Iglesia lloró en mi alma...
¡Qué amargo me fue este día!

18-4-1975

SOY DE DIOS Y DE LA IGLESIA

Soy de Dios y de la Iglesia;
por eso no he de temer
cuando me arrecie la prueba,
pues en Dios descansaré.

Soy de Dios y de la Iglesia;
mi vida a Él consagré
para, en su excelsa excelencia,
expresarle en mi saber.

Soy de Dios y de la Iglesia,
de su Canción, eco fiel,
y, como Madre amorosa,
me dijo su padecer.

Por eso, cuando notaba
la destrucción de mi ser,
repetí constantemente
al sentir mi anochecer:

Soy de Dios y de la Iglesia;
¡esto me lo sé yo bien!
Y, en las manos del Eterno,
yo por ella me entregué.
El Amor es el testigo
de mi siempre padecer,
en mi afán de darle gloria
sólo buscándole a Él.

Soy de Dios y de la Iglesia;
por eso no he de temer
cuando me arrecia la prueba;
¡por mi Iglesia me ofrendé!

9-1-1976

IGLESIA HERIDA

Porque la Iglesia está herida
y sus penares me cuenta,
me desplomo enamorada
en donaciones secretas.

Agonía de mi Esposo,
¡hunde en mi pecho tu queja!,
que yo buscaré, en mis modos,
consuelo para tus penas.

Cristo..., Iglesia dolorida...,
llanto de gran trascendencia...,
pues, si la Iglesia está herida,
¿qué sentirá su Cabeza?

Cristo bendito del Padre,
¡recibe así nuestra ofrenda!

3-2-1976

VI A LA IGLESIA

Vi a la Iglesia engalanada,
toda ella saturada
de la Santidad eterna,
llena de Divinidad,
con sus sienes coronadas
como una esposa enjoyada;
siendo Dios mismo el Consorte
que la une a su Deidad,
y el Jayán enamorado
que se siente cautivado
por el rostro de su Esposa,
sellada en virginidad.

Y, después de verla reina,
tan esplendente y tan bella,
repleta de ricas joyas
y ungida por la Deidad,
la vi rompiendo en sollozos,
unida a Cristo su Esposo,
por los hijos que marcharon
de su entraña maternal.

Un manto negro cubría
la faz de la Iglesia mía
en una pena tan honda,
que jamás podré olvidar;

pues a mi Reina enjoyada
la he visto en tierra, tirada,
cubierto su rostro en llanto
e implorándome piedad.

¡Piedad, a mi alma herida
y en tantas penas hundida
por no encontrar la manera
de saberla consolar...!

Años de angustia penando
van a mi alma dejando,
oprimiendo mis cantares,
sin poderse levantar.

Nubes de densas tinieblas
que a los hombres desconciertan
con asfixiantes congojas
vi en la Iglesia penetrar;
y, en su figura aparente,
hoy se la ve repelente,
porque el pasar de los hombres
la afeó con su maldad.

¡Oh rostro de Dios potente,
resplandor de eternas fuentes,
Sol de fuego luminoso
de incontenible bondad...!

Veo el poder del Inmenso
que, en centelleos eternos,
por la gloria de su Amada
abrasado en celo está.

¿Quién resistirá aquel día
en que tu ira contenida
exija cuenta a los hombres
del tesoro que nos das?

¡He visto tanto y tan denso
que, aunque quisiera exponerlo
en la urgencia que me oprime,
jamás lo podré lograr!

Tus ojos centelleaban,
pues tu gloria reclamaba
reparación a la ofensa
que ultraja a tu Santidad.

Amador de mis amores,
que eres en mi Iglesia Soles,
¡rompe ya la densa niebla
con tu inmensa majestad!

Yo cantaré tus cantares,
aunque muera en mis penares,
que hoy oprimo en mis honduras,
para logarte aplacar.

Jesús de mis agonías,
¡yo te quiero consolar!

7-4-1978